



STA. MARIA MAGDALENA.

do ofrezcas las obras del dia haz á Dios una oracion particular, pidiéndole te asista con su gracia para vencerlas. Todos los dias, ó á lo menos de cuando en cuando, haz algunas penitencias, ofrece algunas comuniones y algunas limosnas para que el Señor te conceda esta importante victoria. Escoge por especial patron algun santo que haya sobresalido en aquella virtud que necesitas. Estos son auxilios necesarios para lograr el vencimiento. Desconfia de tu flaqueza; pero confiando al mismo tiempo en la divina gracia, no omitas medio alguno que pueda conducir para domar á este enemigo. Sobre todo guárdate bien de dejarte mandar de tus pasiones; ya que no las puedas aniquilar y destruir, por lo menos ténlas sujetas, abatidas, y por decirlo así, encadenadas.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA MARÍA MAGDALENA, en Marsella, de la cual lanzó el Señor siete demonios, y fué la primera que mereció verle resucitado. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA SINTICA, en Filipos, de quien hace mencion el apóstol San Pablo.

EL TRÁNSITO DE SAN PLATON, mártir, en Ancira en Galacia; el cual por mandato del vicario Agripino, fué azotado, despedazado con uñas de hierro, y de otras maneras cruelmente atormentado, hasta que degollándolo entregó al Señor su alma invencible. Las actas del concilio Niceno segundo hacen mencion de los milagros de este Santo en dar libertad á los cautivos.

SAN TEÓFILO, pretor, en Chipre, á quien prendieron los árabes, y como no le pudiesen vencer con promesas ni con amenazas para que negase á Jesucristo, le degollaron.

SAN CIRILO, obispo, en Antioquia; esclarecido en doctrina y santidad.

SAN MENELEO, abad, en territorio de Auvergne en Francia.

SAN WANDREGISILLO, abad, en el monasterio Blandino, esclarecido en milagros.

SAN JOSÉ, conde, en Scitópolis en Palestina.

SANTA MARÍA MAGDALENA.

SANTA María Magdalena, tan célebre en el Evangelio por su inseparable adhesion á la persona de Cristo, y por su dolorosa penitencia, fué originaria de Betania, pueblo reducido, á tres

cuartos de legua de Jerusalem, y mansion ordinaria de su familia. Segun S. Antonino, su padre se llamó Syr, y su madre Eucaria, muy conocidos entre los judios, tanto por sus muchos bienes de fortuna, como por el distinguido papel que hacian en la provincia. Tuvieron un hijo y dos hijas: Lázaro, que fué el primogénito, Marta y María. Muertos el padre y la madre, los hermanos repartieron entre sí la hacienda; á Lázaro y á Marta les tocó la que habia en Betania y en las cercanias de Jerusalem, y á María la cupo el castillo de Magdelon, ó de Mágdalo, situado en la provincia de Galilea. Quedóse por algun tiempo en Betania, en la compañía de su hermano y de su hermana, los cuales reconociendo la escesiva vivacidad de su genio, y la violenta inclinacion que mostraba á la profanidad, á la diversion y al desahogo, hicieron cuanto pudieron para inspirarla el santo temor de Dios, la modestia y la compostura propia de su sexo.

Pero aprovechó poco su zelo; cansóse presto María de una vida tan arreglada, y resolvió sacudir de sí aquel pesado yugo. A su natural vivo y orgulloso, á su espíritu brillante, á un corazón enteramente mundano, acompañado todo de una rara hermosura, se le hacia insoportable la vigilancia de una hermana que hacia pública profesion de la mas ajustada virtud. Tomado, pues, su partido, se retiró á su castillo de Mágdalo en Galilea, como á propia posesion, que le habia tocado en su legitima. Allí olvidó bien presto, así las lecciones, como los ejemplos de sus padres y de sus hermanos. Las frecuentes visitas de mucha gente moza y divertida, su despejo y su desembarazo, algo mayor de lo que fuera justo; ciertos modales un poco mas libres de lo que permitia la modestia, hicieron poca merced á su reputacion, siendo su pasion dominante la de parecer bien, y tener muchos cortejos. Ya no pensaba Magdalena en otra cosa que en divertirse: las galas, los perfumes, las joyas mas esquisitas daban mayor lustre á su hermosura natural; y abusando de su libertad, en breve tiempo fué el escándalo público de toda la provincia. Por aquel tiempo, poco mas ó menos, comenzaba el Salvador á llenar toda la Judea del ruido de sus milagros y de su santidad: Lázaro y Marta fueron de los primeros discípulos que se le agregaron, y clamaban incesantemente á su piedad por la conversion de una hermana que traia una vida tan licenciosa y tan perdida. Oyó benignamente el Hijo de Dios sus piadosos ruegos, y como habia venido al mundo singularmente por los pecadores, movió el corazón de aquella insigne pecadora. Predicaba en Betsaida y en Cafarnaum, no lejos del castillo de Mágdalo, cuando movida Magdalena de las maravillas que oia decir de aquel gran Profeta,

le fué á oír por curiosidad. Apenas le oyó, cuando quedó convertida. Alumbró la gracia su entendimiento, penetró su corazón, y en el mismo punto concibió tanto horror de sus culpas, que no dilató ni un solo instante la penitencia. Informóse donde podia encontrar al Salvador, y supo que estaba convidado aquel día á comer en casa de Simon el fariseo, con todo lo mas granado y distinguido de la ciudad. Eran delicadas las circunstancias, pero no se detuvo Magdalena. Luego que tuvo noticia de que Jesucristo estaba ya en casa de Simon, tomó un vaso de alabastro lleno de un bálsamo esquisito, y sin dar oídos al espíritu del mundo, ni á su delicadeza, ni á otras mil frívolas razones, entra en la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos, ó canapés que usaban en sus mesas los judios, no atreviéndose á mirarle cara á cara se arrojó á sus sagrados pies por las espaldas, y despedazado el corazón con la fuerza del dolor y del amor, los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los unge con el precioso bálsamo, y los besa con respeto, mostrando su contricion y su tierna confianza (*).

Viendo esto el fariseo, inclinado siempre á echarlo todo á la peor parte, y notando la bondad con que el Salvador sufría á sus pies aquella pecadora, decia para consigo: Si este hombre fuera profeta, sabria quien era la mujer que le está besando los pies, y bañándose los con sus lágrimas. Leía el Salvador todo lo que pasaba por el corazón y por el pensamiento del fariseo; y

(*) Los antiguos judios no se sentaban para comer en tapetes tendidos en el suelo, como los árabes, turcos y otros habitantes de los países de Palestina en nuestros dias; sino que sus mesas eran como las nuestras elevadas del suelo. *Exod.* 15, 24. *Jud.* 1, 7. *Matth.* 15, 27. *Luc.* 16, 21. Ni los hebreos, griegos, ni romanos usaban de manteles: y era costumbre muy antigua de ellos sentarse á la mesa como nosotros hacemos. *Prov.* 23, 1. Pero despues de los tiempos de Salomon aprendieron los judios á recostarse en camas al rededor de la mesa. *Amos* 4, 7. *Tob.* 2, 3. y *Ezeq.* 23, 41. hablan de este comer en camas, ó recostados: bien que esta costumbre no era general. En tiempo de nuestro Salvador se habia hecho muy frecuente este uso, mas Jesus no solo comió así cuando la Magdalena ungió sus pies, *Matth.* 26, 7. sino tambien en su última cena *Joan.* 13, 23., de manera que parece haber sido entonces costumbre muy ordinaria y recibida en aquel país. De los persas al parecer la aprendieron los judios. *Esth.* 1, v. 6. c. 7. v. 8. Dos comidas hacian al dia desde el tiempo de los primitivos patriarcas; pero nunca hasta la tarde. *Eccles.* 10, 16. *Isa.* 5, 11. *Act.* 2, 15. Y su comida del medio dia mas era una especie de refrigerio que comida: y en los dias de ayuno nunca comian ni bebían hasta el anochecer.

queriendo que él mismo fuese el defensor de aquella mujer de quien hacía tan mal concepto, le dijo esta parábola: «Simon, quiero saber tu dictámen en lo que te voy á proponer. A cierto acreedor le debian dos sugetos, uno quinientos reales de plata, y otro cincuenta. Ni uno ni otro tenían con que pagar, y á uno y á otro los perdonó todo lo que le debian: dime, ¿cuál de estos debe amar mas, y estar mas agradecido al generoso acreedor? Es claro, respondió Simon, que aquel á quien perdonó mayor cantidad. Muy bien has respondido, replicó el Salvador, y señalando á la Magdalena, añadió: ¿Ves á esta mujer? pues haz reflexion á lo que ha hecho, y sentencia despues sin pasion. Cuando entré en tu casa, ni se te ofreció siquiera presentarme un poco de agua para lavarme los pies, y ella me los lava con sus lágrimas. A tí no te pasó por la imaginacion derramar sobre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan, y no se escasean en los convites; y ella derramó sobre mis pies un precioso bálsamo, de cuyo suave olor está llena toda la casa. Por tanto, no te admires de que se la hayan perdonado muchos pecados, porque verdaderamente amó mucho. Hasta ahora ninguno me ha buscado, sino para que le sanase de las enfermedades del cuerpo; pero esta mujer se postró á mis pies solamente para que la curase de las heridas del alma; y volviéndose despues á aquella ilustre penitente, la dijo: Anda, hija mia, tu fe y tu confianza te han salvado; y tus culpas quedan perdonadas.»

Ni hubo jamás perdon mas señalado, ni tampoco mas perfecta conversion. Apoderóse el divino amor del lugar que ocupaba el amor profano, y abrasó desde luego aquel noble y generoso corazón. No tuvo el Salvador discípula mas fervorosa, que mas gustase de su celestial enseñanza, ni que se aprovechase mas de sus divinas instrucciones.

Fácilmente se deja discurrir el gozo de Lázaro y de Marta cuando tuvieron noticia de la milagrosa mudanza de su hermana, ni nuestra Santa se descuidó en darles luego las mejores pruebas de ella en sus fervorosos ejemplos. Inmediatamente se puso en camino para Betania, donde los refirió las piedades y las maravillas que el Salvador habia obrado con ella. Desde entonces no perdió ocasion la fiel discípula de oír las lecciones de su divino Maestro, á quien siempre tenia presente en su espíritu, cuando no podia estar á sus pies. Este amor á la contemplacion la ocasionó cierta quejilla por parte de su hermana. Como el Hijo de Dios amaba tanto aquella virtuosa familia, se fué á hospedar á su casa, y Marta hacia todo lo posible para tratar á tal huésped como era razon. Mientras ella andaba dentro de la

casa aquí para allí dando providencias, Maria Magdalena se estaba muy tranquilamente sentada á los pies de Cristo, sin pensar mas que en oírle y en aprovecharse de lo que le oía. Como vió Marta que la hermana no se movia, encarándose con el Salvador, le dijo con ingenuidad: Señor, ¿pues no veis que mi hermana me deja sola, queriendo que yo lo haga todo? decidla, os ruego, que se levante, y que me venga á ayudar. Tomó de aquí ocasion Jesucristo para enseñarla aquella gran verdad, que es como el compendio de la moral cristiana, y la respondió: *Marta, Marta, tú andas muy solícita, inquieta y embarazada en muchas cosas; créeme que una sola es necesaria, y que Maria escogió la mejor.* Como si dijera, esplica S. Agustín, no condeno tu caridad ni tu zelo, pero no puedo aprobar tu inquietud. Siempre es reprehensible el trabajar con afán y con disipacion; tu hermana está mejor ocupada que tú, pues se aplica á lo mas perfecto, que es al espiritual alimento de su alma.

Retirado el Hijo de Dios á Galilea por evitar el furor de los judíos, enfermó Lázaro de muerte. Agravósele la enfermedad, y las dos hermanas acudieron al Médico celestial; despacháronle un propio con este breve y significativo recado: *Señor, el que amas está enfermo.* Cuando el espreso llegó, ya Lázaro habia muerto; y el Salvador no llegó á Betania hasta cuatro dias despues de su entierro y funerales. Hizo adelantar á nuestra Santa la noticia de su venida, y saliéndole á recibir, le dijo bañada en lágrimas: *Señor, si estuvierais aquí, no hubiera muerto mi hermano.* Mostróse enternecido el Salvador, y resucitó á Lázaro á ruegos de las dos hermanas.

No parecia posible amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno que el de esta fina amante de Jesus. Seguiale casi á todas partes para aprovecharse de sus instrucciones, y para cuidar de su sustento con sus limosnas. Por lo comun los evangelistas la nombran la primera entre las mujeres que seguian al Salvador. S. Lucas y S. Marcos, hablando en particular de Maria Magdalena, dicen que esta fué aquella fiel discípula de la cual lanzó Jesus siete demonios; lo que esplican muchos padres antiguos diciendo, que la perdonó muchos pecados, estinguendo en ella con su gracia el espíritu mundano, el espíritu impuro, el espíritu de orgullo, el espíritu de independecia, el de profanidad, el de ociosidad y el de regalo y delicadeza. Lo cierto es, que no malograba medio, ocasion ni oportunidad de manifestarle su respeto, su amor y su reconocimiento.

Estando el Salvador en Betania, seis dias antes de la última Pascua, le convidó á comer uno de los mas ricos vecinos del lu-

gar, llamado Simon, á quien el mismo Señor había curado de la lepra. Era Lázaro uno de los convidados; Marta servía á la mesa, y María atenta siempre, y siempre desvelada en dar á su divino Maestro cuantas pruebas le eran posibles de su reconocimiento y de su respeto, tomó de su cargo los perfumes, que entre los judíos eran todo el lucimiento de la fiesta. Tomó una libra del espíritu del nardo, escogiendo el mas precioso, por ser destilado, no de la hoja sino de la espiga de aquella planta. Cerólo muy bien en un vaso de alabastro, y entrando en la sala donde comían los convidados, le derramó todo sobre los pies del Salvador, enjugándolos despues con sus cabellos, y teniéndose por muy dichosa de haber empleado tan bien aquella preciosa confeccion.

Llenóse toda la casa de fragancia; pero los que tenían menos fe, ó no eran tan devotos, censuraron su prodigalidad, diciendo que un perfume tan costoso, como que valia trescientos dineros de plata, estaria mejor empleado si se hubiese vendido, y repartido su precio entre los pobres. Como el Hijo de Dios penetraba intimamente lo mas reservado de aquellos malignos corazones, tomó de su cuenta la defensa de nuestra Santa. «Lo que acaba de hacer (dijo) será perpetuamente alabado; y eso que vosotros calificais de excesiva profusion, es prueba de su mucha piedad. Lo mismo que vosotros acostumbrais hacer con los cadáveres de los difuntos, ha hecho anticipadamente conmigo esta piadosa mujer, adelantando este oficio algunos pocos dias á mi próxima sepultura.»

Pero el teatro donde mas se acreditó, y donde mas resplandeció el fuego del divino amor que abrasaba á Magdalena, fué en la pasion de Jesucristo, y en el monte Calvario. Aunque los demás discipulos le desampararon, y se esparcieron luego que vieron preso á su divino Pastor, ningun respeto ni temor fué bastante para que la intrépida y amante Magdalena perdiese de vista á su amado Maestro. Siguióle á todos los tribunales, y acompañando inseparablemente á su santísima Madre, se halló con esta Señora al pié de la cruz, donde tuvo la dicha y el dolor de ver espirar á su adorado dueño. Es tradicion tan antigua como respetable, que recogió con la mayor veneracion una porcion de tierra empapada en la sangre del Salvador, y que guardó este precioso tesoro en una ampolla, que hoy se conserva y se adora en S. Maximiano de Provenza.

Si el amor de Magdalena á su celestial Maestro fuera menos encendido y menos generoso despues que le vió espirar, se hubiera contentado con llorarle en la soledad de su retiro. Pero

nuestra Santa no limitó precisamente las finezas de su amor á las demostraciones del llanto. No se alejó de la cruz, ni se retiró á Jerusalem hasta que se dió sepultura al Salvador, y acompañó al cuerpo al mismo sepulcro, con intento de volver á rendirle los últimos honores luego que se pasase la festividad del sábado. Es bien sabida la priesa que se dió á madrugar aquel dia al mismo romper de la aurora. Representábanla las compañeras, que era imprudencia pretender forzar, por decirlo así, una compañía de soldados que guardaban el cuerpo; y que parecia insigne temeridad presumir ella sola remover una gran losa, que apenas podrían menear muchos hombres juntos, y además de esto estaba sellada con el sello del soberano. No conoce estorbos el fuego del divino amor, y así nada acobardó á Magdalena, ni fué bastante para detenerla un momento; verdad es que ya habia allanado el Salvador todas las dificultades con su resurreccion; corrió, voló Magdalena al sepulcro, y ya le encontró abierto. Como no vió el sagrado cuerpo de su divino Maestro, abandonóse á los suspiros y al mas amargo llanto. Vió dos ángeles vestidos de blanco junto al sepulcro, que le preguntaron el motivo de su dolor y de sus lágrimas: *Lloro*, los respondió Magdalena, *porque han llevado de aquí el cuerpo de mi Señor, y no sé donde le han puesto*. Las otras santas mujeres compañeras suyas, y aun los mismos santos apóstoles se volvieron muy desconsolados; pero Magdalena perseveró constante sin desistir de la empresa, haciendo diligencias por todo el huerto donde estaba el sepulcro, y buscando el sagrado cuerpo por todas partes con dolor y con inquietud: entraba y salia á cada paso en el lugar del mismo sepulcro, sin poder sosegar, y cada vez que no le encontraba se la renovaba el llanto; pero no tardó el Salvador en premiar tan fina y tan generosa constancia; volvió á un lado la cabeza Magdalena, y vió en pié á Jesus, aunque no le conoció, el cual la dijo: *Mujer, ¿por qué lloras tanto?* Ella creyendo que fuese el hortelano, respondió: *Señor, si tú le llevaste, dime donde le pusiste, que yo le buscaré y le retiraré*. Movido entonces el Salvador de aquel amor fino y tierno, no hizo mas que llamarla por su nombre, diciéndola esta sola palabra: *Maria*, y reconociendo por ella la generosa amante que era el mismo Jesus, exclamó fuera de sí: *¡Ah, Maestro mio!* y queriendo arrojarle á sus pies para abrazarlos, el Señor se lo estorbó; para darla á entender, como dice S. Leon, que ya era tiempo de que elevándose sobre los sentidos corporales, le mirase con los ojos de la fe, considerándole como si ya estuviese sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre. Solamente la añadió: *Anda, y ve apriesa á contar lo que has visto á mis hermanos*.

Agradeció María esta orden como una prueba especial del amor que la tenia su divino Maestro; y en efecto se debe contar esta aparicion por uno de los mas señalados favores que recibió de Jesucristo. Tuvo despues el consuelo y la dicha de verle y de oírle muchas veces; y como era inseparable compañera de la Santísima Virgen, se halló á su lado en el monte Tabor cuando su divino Hijo subió triunfante á los cielos. Era su ánimo pasar lo restante de su vida acompañando en su retiro á la Madre del Salvador, á quien amaba y respetaba como á madre suya; pero suscitándose la persecucion de los judíos contra los discípulos de Jesus, y habiendo quitado la vida al protomártir S. Esteban, se vieron obligados los fieles á salir de Jerusalem. Lázaro y sus hermanas eran el objeto principal de su furor, no pudiendo sufrir aquel obstinado pueblo tener á la vista un testimonio tan palpable del poder de Jesucristo, que continuamente los estaba dando en cara con su impiedad y con su deicidio. Temerosos de que si le quitaban la vida le verian segunda vez resucitado, se contentaron con desterrarle de la Judea. Dicese que á él y á sus dos hermanas Marta y María, con Marcela su criada, y con Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, los metieron en una nave sin timon, sin mástiles, sin velas y sin aparejos, y que de esta manera los dejaron á merced de las olas del Mediterráneo, espoñiéndolos á un evidente naufragio; pero la providencia del Señor destinaba aquella bienaventurada tropa, y la conducia milagrosamente á un país que era de su particular agrado.

Es antigua y constante tradicion, autorizada por la misma Iglesia, que la nave entró de aquella manera en el puerto de Marsella, y que atónitos los gentiles á vista de la maravilla, ella misma sirvió para disponer los ánimos á oír con asombro y con docilidad á una gente á quien el cielo protegía con tan visible prodigio. Luego que echaron pié á tierra anunciaron la fe de Jesucristo en toda la ciudad, señalándose sobre todos el zelo y el fervor de Magdalena. Desde luego captó ésta la admiracion universal por su aire, por su elocuencia y por sus milagros, escogiendo para predicar la plaza mas vecina al gran templo de Diana, adonde todos los dias concurría el pueblo en tropel, y cada dia conquistaba nuevas almas para Jesucristo. En el mismo sitio donde la Santa predicaba se ve hoy una capilla muy antigua dedicada en honor suyo, como á doscientos pasos del famoso templo de Diana, que es hoy la iglesia catedral, consagrada á Dios, y dedicada á la Santísima Virgen con el título de Sta. María la Mayor. En la célebre abadía de S. Victor se ve tambien una profunda gruta abierta en una peña, donde se asegura se retiraba la

Santa por las noches, pasándolas en oracion durante el tiempo que trabajó en la salvacion de las almas. Lo cierto es que los fieles de los primeros tiempos se juntaban en aquel lugar subterráneo para asistir al divino sacrificio.

Pero viendo Magdalena que habia abrazado la fe una parte de la ciudad, y que S. Lázaro, á quien los Apóstoles habian consagrado obispo antes de partir de Jerusalem, estaba encargado de aquella iglesia por la divina Providencia, tirándola siempre su inclinacion á la vida contemplativa, determinó acabar la suya en alguna soledad. Hallóla luego, y muy á medida de su deseo. Hay á ocho leguas de Marsella un espantoso desierto que termina en una elevada montaña, en cuyo centro se abre una dilatada gruta bastantemente profunda, y este fué el sitio que nuestra Santa escogió para su mansion. En él hizo una vida celestial por espacio de treinta años, empleada en continuas comunicaciones con Dios, y sin otra conversacion que con los ángeles. Fué estrema su penitencia, siendo su cama la dura roca, y su comida las yerbas ó las raices que se criaban al rededor de la gruta.

Al cabo de treinta años de una vida tan santa, tan prodigiosa y tan penitente tuvo revelacion del día y de la hora en que debia partir á volverse á juntar en el cielo con aquel divino Salvador á quien habia amado tan finamente en la tierra. Por ministerio de los santos ángeles fué milagrosamente trasladada á un oratorio distante dos leguas de su gruta, donde se retiraba san Maximino, de cuyas manos recibió la sagrada Eucaristía, y en ellas espiró tranquilamente, yendo al cielo á recibir el premio correspondiente á su abrasado amor de Jesucristo y á su admirable penitencia. Fué enterrada en aquel mismo sitio, y en él fundó la devocion de Carlos II, rey de Sicilia, la magnífica iglesia dedicada á la misma Santa, con un convento de religiosos dominicos, á quienes el mismo piadoso monarca quiso hacer dignos depositarios de tan precioso tesoro. Venéranse las reliquias de la Santa sobre el altar mayor, dentro de una urna de pórfido, regalo del papa Urbano VIII, adonde fueron trasladadas con gran solemnidad el año de 1660, en presencia del rey de Francia Luis el Grande, y de toda su corte, por el arzobispo de Aviñon Juan Bautista Mariny.

La cabeza de la Santa, engastada en un precioso relicario de oro, se guarda en la capilla subterránea que está en medio de la nave; y tambien se ve un hueso de sus brazos, con sus cabellos dentro de una ampolla de cristal, que se muestran muchas veces al día, para satisfacer la devocion de los peregrinos y forasteros que concurren en tropas. Ni la gruta que en Francia se

llama el santo *Bálsamo* es menos frecuentada que la iglesia donde descansan sus huesos, creciendo cada día el concurso de los fieles en vista de los beneficios que reciben de Dios por su intercesion.

Las reliquias de Sta. Magdalena, que se guardan en el convento de Vecelay en Borgoña, pueden ser alguna porcion de las que hay en S. Maximino. Envidiosos los griegos de que la Iglesia latina poseyese este inestimable tesoro, luego que se separaron de ella salieron con la invencion de que S. Lázaro, Sta. Marta y Sta. Magdalena habian muerto en Efeso, especie de que hasta entonces no se habian acordado. Así, pues, tiene mucha razon la Provenza para gloriarse de que ella le posee, fundada en una tradicion venerable por su antigüedad, autorizada con manuscritos antiguos del sexto siglo, que se guardan en las iglesias de Tolon y de Senés; con el testimonio de Sigiberto, monge de Gemblours, de Honorio de Autún, de Gervasio de Tilisberi, y de otros muchos autores antiguos, pero singularmente con la autoridad de muchos grandes papas, como Benedicto X, Juan XXII, Gregorio XI, Clemente VII, Eugenio IV, Sixto IV, Adriano VI y Urbano VIII que con sus bulas hicieron como cierta una tradicion tan constante.

La misa es en honor de Sta. Maria Magdalena, y la oracion la siguiente :

Suplicámoste, Señor, que resucitaste á su hermano Lázaro, despues de quatro dias muerto. Tú que vives y reinas, etc.

La Epistola es del cap. 5 y 8 del libro de los Cánticos.

Me levantaré, y rodearé la ciudad. Por los barrios y plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué, y no le hallé. Encontráronme las centinelas que guardan la ciudad. ¿Visteis por ventura al amado de mi alma? De allí á poco que los dejé, encontré al que ama mi alma, le cogí, y no le dejaré hasta tanto que le introduzca en la casa de

mi madre, y en el retrete de la que me engendró. Yo os conjuro, ó hijas de Jerusalem, por las cabras y los ciervos de los campos, que no despertéis, ni hagais desvelarse á mi amada hasta tanto que ella quiera. Póname como un sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo: porque el amor es fuerte como la muerte, y los zelos duros

como el infierno: sus lámparas cubrirán los rios: cuando un hombre diese por el amor todas las riquezas de su casa, las desdieron apagar la caridad, ni la preciaría como si fuesen nada.

REFLEXIONES.

Me levantaré, y daré vuelta á la ciudad. Es cierto que no se encuentra á Dios en la ociosidad, en la poltronería, en la pereza y en la desidiosa inaccion. Las almas perezosas y dejadas, los corazones inmortificados y regalones, los espíritus tibios y haraganes en vano buscan al Esposo celestial en una vida inútil y repantigada; estén ciertos de que jamás le encontrarán. No, no se toma el gusto á Dios entre las delicias de una vida enteramente mundana; solo en medio de las cruces, entre las humillaciones y los abatimientos, en los ejercicios duros y penosos de la penitencia se encuentra aquel consuelo espiritual, aquella interior dulzura que produce en una alma inocente la presencia del divino Esposo; cualquiera otro camino es estravío. No gusta Dios de siervos holgazanes. En vano se le busca en las calles y en las plazas públicas; el bullicio y el tumulto no son de su inclinacion; ama la soledad y el retiro. Una vida bulliciosa nunca fué ni puede ser muy interior: no es posible gustar de Dios en medio de la disipacion. Pide la esposa noticias de su amado á los guardas de la ciudad; esto es, como espone S. Bernardo, á los sentidos exteriores. Dirigese mal para adquirirlas, porque estos ni conocen al que busca, ni tienen noticia de sus caminos. Las almas sepultadas en los sentidos continuamente viven en ignorancia y en tinieblas. No se comunica Dios á esas almas terrenas. *El hombre animal*, dice el Apóstol, *no conoce el espíritu de Dios.* De aquí nace el tedio con que los mundanos miran la virtud, y de aquí el desprecio con que tratan las máximas santas del Evangelio. Si se quiere tomar el gusto á las verdades de mayor consuelo que tiene la religion; si se quiere experimentar dulce y suave el yugo del Señor; si se quieren gustar anticipadamente aquellos como destellos de la gloria; si se quieren percibir aquellas dulzuras espirituales que el divino Esposo derrama tan liberalmente en las almas puras, es menester elevarse sobre los sentidos; es menester mirar únicamente con los ojos de la fe las brillanteces y las especiosidades del mundo; es menester vivir una vida totalmente espiritual. No hay luz pura, no hay sabiduria verdadera, no hay sólida virtud sin una constante mortificacion de los sentidos. En levantándose el espíritu sobre esas nubes densas y tenebrosas se

respira un aire puro, se goza un cielo sereno, se vive en una dulce calma; entonces se halla al amado que se busca, y que es toda nuestra felicidad; una vez encontrado, se procura con el mayor cuidado no volverle á perder. Llórase entonces la triste suerte de aquellos, que embriagados en los falsos gustos, que tarde ó temprano se les vuelven tan amargos, en aquellos bienes aparentes que dejan tan vacío el corazón, y que lejos de satisfacerle le irritan mas la sed, viven cada día mas y mas hambrientos; entonces apenas se puede comprender como hay almas ilustradas con las luces de la fe que giman toda la vida sujetas á la triste tiranía de las pasiones. La mansion del Esposo es la celestial Jerusalem; en ella ha de entrar algun día para gozar á vista suya la gloria preparada á los que le aman, y para embriagarse en aquel torrente de delicias que el Señor nos tiene prometidas. El alma pura y desprendida de los sentidos por el ejercicio de una vida tan espiritual, goza ya desde esta aquellas dulzuras inefables. Esta es la dichosa suerte de los que aman ardentemente á Jesucristo en este mundo. ¡Oh, y qué suavísimos consuelos hace gustar aun en esta vida este amor tierno, constante y generoso!

El Evangelio es del cap. 7 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Rogaba á Jesus uno de los fariseos que fuese á comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso á la mesa. Cuando he aquí que una mujer, que era pecadora en aquella ciudad, luego que oyó como estaba á la mesa en casa del fariseo, tomó un alabastro de unguento, y estando junto á sus pies por la parte de atrás, comenzó á regar sus pies con lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba y los ungió con unguento. Viéndolo, pues, el fariseo que le habia llamado, dijo para sí: Si fuera éste profeta, sabria ciertamente quién y cuál es la mujer que

le toca, y como es pecadora. Y respondiendo Jesus, le dijo: Simon, tengo que decirte cierta cosa. Y él respondió: Maestro, dila. Un acreedor tenia dos deudores, el uno le debia quinientos dineros, y el otro cincuenta. No teniendo estos modo de pagarle, les perdonó á ambos la deuda. ¿Quién de ellos, pues, le ama mas? Respondió Simon: Juzgo que aquel á quien mas le perdonó. Y él dijo: Has juzgado rectamente. Y volviéndose á la mujer, dijo á Simon: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no diste agua á mis pies; y ésta los ha regado con sus lágrimas, y los enjugó con sus cabellos. No me has dado el be-

so, y ésta desde que entró no cesó de besarme los pies. No has ungió con aceite mi cabeza, y ésta ungió mis pies con unguento. Por lo cual te digo le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho. A aquel que ama menos, se le perdona menos. Y la dijo: Te son perdonados los pecados. Y los convidados comenzaron á decir para sí: ¿Quién es éste que perdona tambien los pecados? Dijo, pues, á la mujer: Tu fe te hizo salva; vete en paz.

MEDITACION.

Modelo de la verdadera penitencia y del perfecto amor de Jesucristo en santa Maria Magdalena.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hubo en el mundo modelo mas perfecto de la verdadera penitencia que el de la Magdalena; toda penitencia que no se parezca á él es falsa. Fué penitencia pronta, generosa, y fué eficaz. Pronta para vencer todas las dilaciones que son tan comunes en los pecadores; generosa para triunfar de todos los estorbos, y para atropellar por todos los respetos humanos que tanto los suelen acobardar; eficaz para sacrificar valerosamente á Dios todo lo que fué materia y ocasion del pecado. Tan presto como conoció, dice el Evangelista, esto es, en el mismo punto en que Dios la abrió los ojos, y la gracia movió el corazón, renunció la culpa. No se para, no se detiene, no delibera, no da oídos al espíritu del mundo, ni á la repugnancia natural, ni á otras muchas consideraciones que la desvian de su intento. No espera tiempo mas oportuno, ni ocasion mas favorable; no busca otro lugar donde haga menos ruido su conversion. Prudencia del siglo, cavilosos discursos, pretextos especiosos, ¡cuántas conversiones haceis abortar! En materia de conversion no hay dilacion que no sea especie de impenitencia. La menor duda en materia de fe es no creer; y la menor dilacion en punto de penitencia es verdaderamente no convertirse. Luego que la Magdalena conoció el lastimoso estado de su alma, *ut cognovit*, luego que entendió donde encontraria al Salvador, parte, corre, entra intrépidamente en la sala, arrojase á los pies de Jesucristo, riégalos con sus lágrimas sin dársela nada por los concurrentes. No es ya una penitencia tímida que se recata, que se disimula, que quiere atemperarse á todo, porque de todo se rezela; es una penitencia intrépida, resuelta, generosa, que solo se aconseja con su deber y con su salvacion. No se logró jamás victoria mas completa, triunfo mas cabal de los respetos humanos, del

amor propio y del orgullo; con una sola accion sacrificó todo lo que podia lisonjear su ambicion, su reputacion y su delicadeza. No se avergonzó de parecer arrepentida, solamente se corrió de haber sido pecadora; hizo que sirviese á la justicia, á la penitencia y á la virtud todo lo que habia sido instrumento ó fomento del pecado. Magdalena á los pies del Salvador, dice S. Agustín, es un ídolo del mundo. convertido en víctima, y sacrificado al verdadero Dios. Consagró á su servicio todo lo que habia contribuido á su perdicion. ¿Habíanla perdido sus ojos? pues de ellos saca lágrimas que han de concurrir á salvarla; ¿habian estos encendido en su corazon el amor del mundo? pues broten de ellos torrentes que apaguen este impuro fuego. Los perfumes, las joyas, los preciosos licores que fueron incentivos de la profanidad y de la sensualidad, ya son sacrificios de la penitencia. Este es el modelo de una verdadera conversion; ¿pero es este el modelo de la nuestra? Esos proyectos de conversion siempre dilata-dos; esos vanos temores, esas reservas, esa cobardía á vista del menor estorbo, esa adhesion á todo lo que es asunto y motivo de arrepentimiento, ¿todo esto es buena prueba de que estamos verdaderamente convertidos?

PUNTO SEGUNDO.— Considera que el amor de Dios es inseparable de una verdadera conversion, y por los efectos de este amor se ha de hacer juicio seguro de la sinceridad y del mérito de la penitencia. Observa bien lo uno y lo otro en la conversion de la Magdalena. Buena prueba es su amor á Jesucristo. ¡Pero qué abrasado, qué generoso! Seguir al Salvador cuando obraba maravillas, era fácil; entonces era inmenso el número de sus discipulos; pero le prenden, cae, por decirlo así, en desgracia de los hombres; casi todos le abandonan; mas la fina Magdalena no sigue este cobarde ejemplo; amaba á Cristo, y no á sus milagros; por tanto le acompaña hasta el pié de la cruz en el monte Calvario. Adórale, y le ama en medio de sus oprobios; ámale aun despues de muerto. ¡Con qué impaciencia espera que se pase el dia del sábado para ir á rendirle los últimos honores! ¿pero acaso esta generosa amante no preveía las dificultades, ni tenia presentes los estorbos? De ningún modo; pónese en camino, y luego se la ofrece si podria mover la lápida que cubria el sepulcro. Bastaba este invencible impedimento para que una mujer moza y delicada se volviese atrás; un cuerpo de guardia, una piedra de enorme peso, el sello del príncipe, todas eran razones poderosas para que no pasase adelante: mucho menos seria menester el dia de hoy para acobardar y para desalentar á muchas

personas devotas. Todas eran dificultades insuperables, sí, para quien tiene una fe lánguida y poco segura, un amor de Dios tibi-o y desmayado; pero á quien le ama sin reserva, la confianza le infunde un maravilloso valor, y ella le sirve de todo. Tambien es cierto que ninguna cosa empeña mas al Salvador en hacer grandes prodigios que un amor generoso y una viva fe. Luego que Magdalena se resuelve á pasar adelante, huyen los soldados, y se abre el sepulcro. Así se allanan, Dios mio, las mayores dificultades cuando se quiere con resolucion abrazar vuestro servicio; así desaparecen todos los estorbos cuando el alma se resuelve de veras á vencerlos, y vos veis un corazon determinado y ardiente; ¿pero quién obligaba á la Magdalena á una vida tan penitente despues de la ascension del Señor? ¿no estaba muy segura de que se la habian perdonado todos sus pecados? ¿pues á qué fin macerar su cuerpo con tan rigurosa penitencia? Es que amaba á su Dios con abrasado amor; es que tenia continuamente delante de los ojos á Jesus crucificado, y queria cumplir en su carne, como se esplica el Apóstol, el resto de la pasion de su divino Maestro; es que sabia que la cruz era en esta vida la herencia de los verdaderos cristianos.

¿Pero reconocemos nosotros en este retrato nuestro amor á Jesucristo? ¿hallamos en este modelo el de nuestra conversion y nuestra penitencia? No sabiendo si nos ha perdonado Dios ni una sola de nuestras culpas, ¿qué hacemos para satisfacer por ellas? ¿cuáles son nuestras mortificaciones? ¿cuál nuestra penitencia? Estérites deseos, frívolos proyectos de conversion, que solo sirven para amodorrar el alma en su infeliz estado. Vívase en una eterna irresolucion é indeterminacion, como si se pudiese tomar otro partido. ¿Pero nuestro poco amor de Dios en esta vida no será triste presagio de la eterna infelicidad que nos espera en la otra?

No permitais, Señor, que me suceda esta desdicha; motivo me da para temerla mi pasada cobardía; pero me anima á esperarle todo de vuestra inmensa bondad la confianza que tengo de vuestra misericordia infinita, y el ejemplo de Sta. Maria Magdalena.

JACULATORIAS.— ¡O amado mio de mi alma, quién me diera hallarte para no apartarme de tí en todos los dias de mi vida! (Cant. 8.)

Hallé al amado de mi corazon; estrechéle entre mis brazos, y jamás haré per donde se aparte de mí. (Cant. 3.)